

Tema 2 La fe: respuesta del hombre a Dios

“Dios tenía ya dispuesto algo mejor para nosotros” Hb 11,40

Objetivo: Reavivar el sentido concreto de la fe como amistad con Jesucristo, que despierta en nosotros una sencilla confianza y nos lleva a querer su voluntad.

Introducción

La declaración *Dei Verbum* dice que Dios se revela a los hombres hablando «como un amigo movido por su gran amor, y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo» (DV 2). La respuesta a esta revelación es la fe, que, entendida como obediencia, significa aceptar de buen grado la palabra escuchada, y someterse a ella libremente. Esta obediencia sólo es entendible en un contexto de amor, donde el que habla ama al que escucha y el que escucha ama al que habla.

Pero la obediencia, desde un punto de vista meramente humano, puede tener varios motivos. El miedo a un superior, a una reprimenda o a una represalia puede ser una fuente de motivación a la hora de acatar lo mandado; el deber también puede ser una razón; la falta de libertad, cuando mi voluntad no interviene en la toma de decisión. La obediencia de la fe, que debemos a Dios no se fundamenta en estas premisas. El Señor no quiere siervos atezados por el miedo o la esclavitud. El Señor quiere amigos y la amistad no se funda en conceptos que anulen nuestra libertad sino en el amor. El amor abre nuestros horizontes superando los límites de mi propio interés y haciéndonos ver la calidad del amor de Cristo por nosotros, que no puede pedirnos nada que vaya en nuestro perjuicio. Así es como podemos llegar a comprender con el corazón, que su voluntad es lo único bueno para nosotros, aunque a la inteligencia le cueste. Su amor por nosotros y nuestro amor por Él nos colocará en el lugar donde nuestra libertad podrá optar por lo mejor para nosotros que es lo que el Señor nos pide.

Esta relación de amor, donde la obediencia es un signo de libertad, la expresa de un modo precioso la carta a los Hebreos en el capítulo 11, donde se habla de los modelos de fe en la Historia Sagrada. La fe de Abel, que ofrece un sacrificio agradable a Dios (Hb 11,4); la de Noé, quien «advertido por Dios» (Hb 11,7), obedece y construye el arca, haciendo de la obediencia un camino de salvación. También la fe de nuestro padre Abraham, que «obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia» (Hb 11,8). Igualmente Sara, su mujer, que tuvo como «digno de fe» (Hb 11,11) al que le prometió descendencia en su vejez.

El pueblo de Israel, por la fe, sale de Egipto y, según dice Hb 11,27, «se mantuvo firme como si viera al invisible». Esta presencia que asegura el camino por el que ha de andar el hombre creyente, la manifiesta el pueblo en la celebración de la Pascua, «por la fe» (Hb 11,27). La santa obediencia a la que se le llama, es celebrada como el inicio de su libertad. En esta fiesta celebrarán en adelante el paso de la esclavitud a la libertad, que comenzó cuando obedecieron a Dios.

La Madre del Señor, María, prestó obediencia pronta a la palabra del ángel, manifestando su libre disposición (Lc 1,26-38). Ella, a quien Dios pide permiso para realizar su obra, se califica a sí misma como «esclava del Señor» y se abandona confiada, durante toda su vida, a la acción de Dios.

Todos los ejemplos de la Historia Sagrada ponen de manifiesto la amistad que se establece entre Dios y los hombres. Mediante la llamada a la confianza de la fe y de la obediencia, cada uno de nosotros entra en una relación donde el vínculo con el Señor es el amor. En la cruz, Jesús atrae a los hombres hacia Él, haciendo de la obediencia una relación libre. La premisa para poder obedecer es ser libre.

Las palabras de Jesús en el evangelio de Juan: «Nadie me quita la vida, sino que yo la entrego voluntariamente» (Jn 10,18), explican que la obediencia es una disposición libre de la persona, no una anulación. Sólo puede obedecer quien dice «sí» libremente. De lo contrario estamos *consintiendo*, es decir, sometiéndonos por temor, en lugar de *obedeciendo*. Nuestra libertad está limitada por el egoísmo, por la primacía de nuestro propio interés por encima de cualquier otra cosa. Y de esta forma se desvirtúa la obediencia: consentimos con que Dios intervenga en la vida, pero obedecemos a regañadientes, y con la esperanza de recuperar un día lo que hemos entregado. La obediencia se convierte entonces en una transacción comercial, en una inversión de futuro totalmente interesada: “te doy ahora para que luego Tú me des”.

En la relación de amistad que Dios establece con nosotros, la obediencia y la libertad van de la mano. Separadas estas dos, nos sentiremos robados. Lo que no damos libremente no lo acabamos de dar. Una expresión de esta libertad, necesaria para la obediencia de la fe, la condensa la máxima de san José María Rubio, conocido como “el apóstol de Madrid”, que decía: “Hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace”.

Partiendo de la vida (ver)

1. En el Huerto de los Olivos se juega todo el drama de la libertad humana en el corazón de Cristo. Puedo mostrar con hechos de mi vida cómo la obediencia a los designios concretos de Dios a veces aparece como dificultosa, porque dichos designios son oscuros o parecen contradictorios o no están en consonancia con mi voluntad.
2. El Apóstol Pedro, que negó a Jesús para poder “salvarse él”, cuando es rehabilitado por el Señor mediante la triple pregunta acerca del amor, entra en la obediencia de la amistad. ¿Me ha pasado alguna vez que desconfío de las cosas de Dios y sólo me doy cuenta más tarde de que eran buenas para mí? ¿Cómo vivo yo estos hechos? Muéstralo con hechos de tu vida.
3. El ejemplo contrario a la necesidad de garantías de Pedro es María. Ella dice «sí» al principio, sin saber nada de su futuro. ¿He vivido alguna vez este abandono con la sencilla confianza de que Dios es bueno, que ni falla ni puede fallar?
4. La obediencia a la Iglesia es signo de la obediencia a Dios. ¿Vivo con alegría esta obediencia como un camino seguro para amar más y mejor al Señor? ¿Confío en lo que me dice o me pide la Iglesia, porque es una madre santa y sabia, o cuestiono sus opiniones o peticiones hasta que las hago pasar por el aro de mi voluntad?

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- Ejemplos de obediencia en la Historia Sagrada: (Hb 11,1-40); el salmista dice: “hacer tu voluntad, eso me es grato” (Sal 40,8-9).
- La Virgen María es ejemplo de obediencia desde la libertad: (Lc 1,26-38; Lc 2,1-7). Asumió como suya la voluntad de Dios hasta en el momento más duro de su vida, al pie de la cruz: (Jn 19,25-27). S. José tomó siempre en su vida la opción de cumplir la voluntad del Padre: (Mt 1,18-25; Mt 2,13-21).
- La obediencia de Pedro después de la caída es un testimonio de humildad que emociona: (Jn 21,15-17).

- La voluntad del Padre es para Cristo alimento: (Jn 4,34; 8,28); Cumplirla es el motivo por el que ha venido al mundo: (Jn 6,38); en Getsemaní, es el ejemplo supremo de quien obedece libremente a tan alto precio: (Mt 26,32-44).

B) Magisterio de la Iglesia:

- La fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela: (CEC 142-143); la obediencia de la fe es un acto de libertad: (CEC 144; 160; DV 5); “el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza” (DH 10); la libertad alcanza su plenitud cuando está ordenada a Dios: (CEC 1731-1733).
- La obediencia libre de Cristo redime (LG 3); los laicos deben seguir este ejemplo de Cristo (LG 37); el amor es la razón de la obediencia de Cristo en la cruz (DCE 12). La eucaristía es la realización cotidiana de este misterio de obediencia (SCA 9).
- María ofrece al Señor su entera voluntad y se abandona en Él durante todos los momentos de su vida (RMa 11 y 13); san José, desde el principio, opta desde su libertad, por poner su voluntad al servicio del misterio (RC 17-21)
- La libertad del hombre se realiza en la voluntad de Dios (VS 35); la obediencia hace permanecer en la verdad (VS 42); por la obediencia desde la libertad, el hombre se adhiere a Dios y llega a la felicidad (GS 17).

Compromiso apostólico (actuar)

Un posible compromiso para este tema es hacer una lectura orante o rezar personalmente durante una semana o dos el capítulo 11 de la carta a los Hebreos. En esta lectura puedo detenerme en los ejemplos de la fe de nuestros padres.

Puedo profundizar en alguno de los artículos del Credo que no entienda bien, o sobre el que necesite más formación. Buscar en el Catecismo o en algún documento pontificio información sobre el significado de eso que no entiendo o recurrir al YOUCAT para dar respuesta a esas preguntas que me planteo yo mismo o me plantean amigos y conocidos acerca de cuestiones concretas de la fe.

También puede servir como compromiso, estar más atento a lo que Dios me pide en mi relación con los demás (mayor entrega a mi cónyuge, a mis hijos, a mis padres...) y obedecerle en lo concreto de la vida cotidiana con la libertad que da el amor.

Otro compromiso, que ya hemos propuesto otras veces, podría ser estar disponible a lo que la Iglesia me pida por medio de los sacerdotes, de los responsables de tareas parroquiales, o los dirigentes de Acción Católica.

Como grupo, podríamos ponernos como compromiso, redactar una oración en la que pidamos el espíritu de la santa obediencia de Cristo y renovar la confianza en Dios y en la Iglesia. Podemos rezarla en el grupo durante una temporada.

También podemos fomentar en la parroquia la difusión del YOUCAT, organizando alguna actividad para darlo a conocer o para enseñar a trabajar con él, especialmente a los jóvenes.